

# BIBLIOGRAFÍA

## LA VIDA RURAL EN VERA DE BIDASOA

Por JULIO CARO BAROJA.—Edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Antonio Nebrija. Madrid, 1944, en 4.º, 244 páginas.

Láminas con 95 figuras.

Es ésta una investigación etnográfica y etnológica de la vida rural y popular de Vera de Bidasoa, que publica el Director del Museo del Pueblo Español, don Julio Caro Baroja, de quien conocíamos en esta clase de trabajos, un acabado estudio sobre "Los Monumentos religiosos de Lesaca". Los diversos trabajos de J. Caro, son ya sobradamente conocidos en España y lo sitúan, a pesar de su juventud, en el primer plano de los investigadores que se dedican a esta clase de estudios.

El libro que nos ocupa tendría que llevar en realidad el título que ostenta en su capítulo primero, que es el de "La vida rural en Vera de Bidasoa (Navarra) con datos complementarios de otros pueblos de la región", pues se ocupa con bastante extensión de Lesaca y de algunos pueblos del Valle de Baztán. La obra está dividida en tres partes que comprenden varios capítulos cada una.

El libro de J. Caro Baroja es un estudio metódico de la vida material y de la psicología popular muy bien observada, sin apasionamiento de ninguna especie, virtud muy poco frecuente en esta clase de estudios referentes al País Vasco. Es éste uno de los puntos que más interés dan a la obra, pues mientras no se hagan estas investigaciones con el debido rigor científico, hay que desconfiar de quienes pretenden conocer en conjunto el alma de un país y atribuirle características totalmente originales.

El procedimiento de investigación de J. Caro es directo y metódico, habiendo utilizado el autor, con gran provecho, documentos de carácter doméstico o local, como son las cuentas y observaciones del archivo de la casa Arostegúa, que tienen el doble valor de darnos no solamen-



te detalles sobre los arrendamientos y relaciones entre amos y arrendatarios en los siglos XVIII y XIX, sino también de todos los trabajos del campo con las correspondientes disposiciones de los cultivos, ganaderías, pastoreo, carboneo, etc.

El capítulo primero es la historia y descripción de la arquitectura del caserío y de la casa urbana con sus distintos tipos y particularidades.

La parte decorativa que J. Caro estudia muy especialmente es más intensa en esta parte de Navarra, pues el Arte popular está mucho más desarrollado en las vertientes inmediatas del Pirineo y tanto en Vera como en Lesaca, se encuentran ejemplos muy interesantes de tallas de madera y piedra. Hablando de la antigüedad de los edificios, el autor señala que las construcciones más antiguas son del siglo XVI, siendo el final de este siglo el apogeo de la casa con piso voladizo, que empieza a decaer a mediados del siglo XVII, para desaparecer totalmente a fines del XVIII y principios del XIX.

Refiriéndose a la talla en madera y en piedra que son los elementos primordiales del arte popular, difiere de ciertas clasificaciones de los elementos constitutivos de la decoración que utilizamos en un trabajo referente a esta materia y propone una nueva clasificación que desde luego nos parece más científica. Los dibujos ejecutados por el autor dan algunos ejemplos curiosos de decoraciones populares, particularmente los referentes a caras humanas toscamente talladas en piedra que se encuentran en algunos cortafuegos y que J. Caro cree no son debidos al capricho de un cantero sino más bien tienen un origen de magia preservativa. Esta apreciación es quizás un poco excesiva por ser esta clase de decorado muy poco frecuente en el resto del país. En lo que se refiere a la disposición y distribución del poblado actual, J. Caro cree que responde a un sistema no modificado ni en su importancia, ni en su forma desde una época muy remota. Las observaciones generales sobre los aperos de labranza nos parecen muy atinadas en lo que se refiere al origen y antigüedad de los instrumentos, pues se puede suponer (a pesar de los filólogos) que el origen de la palabra que designa un instrumento puede ser distinto que el del instrumento mismo.

El estudio de la labranza, de los instrumentos de transporte, como son el carro y la narrya, las diferencias de cultivo y particularmente la introducción del maíz que se generaliza a comienzos del siglo XVIII,



así como las principales labores que exige el campo y los distintos aperos de labranza, los describe el autor en sus más pequeños detalles. Trata de todos los aspectos de la agricultura y de la recolección de los productos naturales, entre los cuales ocupa lugar preferente el hehecho, producto de primera utilidad en estas regiones. Las cuentas de la hacienda de un labrador de Vera de los primeros años del siglo XIX, así como las Ordenanzas de ganado del Baztán, dan curiosísimos detalles sobre el ganado lanar y las leyes y costumbres que regían su pastoreo.

Los carboneros y leñadores, oficios que van decayendo a causa de la desaparición de los bosques, tienen particular interés por ser Vera, Echalar y Lesaca, región cuyos habitantes tenían gran predilección por esta ocupación.

Un inventario del año 1772, en el cual se enumera parte del ajuar de una familia casera, nos permite apreciar las diferencias establecidas en siglo y medio y que no son tan grandes como pueden serlo las que se notan en el hogar de la vida ciudadana.

Las industrias rurales están tratadas en el capítulo VI, citando ferrones y ferrerías hoy desaparecidas, sobre las cuales publica un inventario del año 1852, interesantísimo por su vocabulario de instrumentos y términos usados por los ferrones.

J. Caro defiende con razonamientos exactos la vida del campo, demostrando que el casero no está en grado de inferioridad material, ni espiritual con respecto al empleado o al obrero de la ciudad, idea que tantos males ha causado.

La parte reservada a la condición social de los "agotes" a través de las épocas, da pie al autor para estudiar el estado actual de los "descendientes de los agotes" (el término nos parece más exacto) de Bozate y sus alrededores así como los prejuicios existentes contra ellos que ciertamente han disminuído considerablemente en los últimos tiempos, no obstante persistir todavía en algunos de ellos. Las profesiones preferentes de estos últimos son las de tejedores, carpinteros y particularmente la de molineros, que parece ser la más comúnmente ejercida por los agotes. Según los datos de J. Caro la diferenciación física de los "descendientes de agotes" con los demás vascos es mínima y la idea de su estado social inferior va desapareciendo notablemente.



Son muy completos los capítulos que tratan “De la niñez al matrimonio” y “Del matrimonio a la muerte”, que permiten al autor hacer una descripción completa de las diversiones, bailes, costumbres e ideas especiales, usos nupciales y demás características de la vida familiar y la vida social de la gente del campo. Este estudio hace decir a J. Caro que “la vieja sociedad aldeana, en líneas generales, se nos muestra mucho más jovial, irrespetuosa tocando a puntos de religión, y aficionada a los placeres báquicos que la actual, aun cuando ahora se sigan teniendo aficiones seculares”, observación que nos parece acertada.

La parte tercera comprende la religiosidad, las ermitas y santuarios, las fiestas, las brujas y la mitología, apartado este último que conoce a fondo el autor y que ha desarrollado en su obra “Mitos españoles”.

El libro termina con un capítulo dedicado a literatura, música, tradición oral y canciones históricas, que el autor comenta con muy atinadas observaciones. En los apéndices reproduce dos documentos que contienen los nombres de las casas de Vera y los nombres de las casas y caseríos de Lesaca. Las láminas contienen 95 dibujos y fotografías, así como algunas melodías.

El libro de Julio Caro Baroja, es un trabajo serio, profundamente sentido, que constituye una magnífica aportación a la etnografía y etnología y que hemos reseñado someramente, pues la crítica completa de un tema que abarca todas las manifestaciones de la vida nos obligaría a extendernos demasiado.

P. DE GARMENDIA



### EL ENIGMA DEL VASCUENCE ANTE LAS LENGUAS INDOEUROPEAS

Por FLORENTINO CASTRO GUIASOLA. - Revista de Filología española.  
Anejo XXX. Madrid, 1944.

Los aficionados al estudio del idioma vasco se congratularán de la aparición de un nuevo trabajo, serio y documentado, en el que el autor demuestra no escasos conocimientos del vascuence y de su bibliografía.

En su estudio de 289 páginas, y del que no vamos a hacer más que dar una sucinta noticia (pues para examinar punto por punto los mu-



chos temas que toca el autor, sería menester más tiempo del que nos conceden los editores de esta Revista), pretende el señor Castro demostrar que "el eúscaro, sin ser indo-europeo, es un idioma del mismo grupo lingüístico que las lenguas indo-europeas".

En el transcurso de la obra pasa revista al lexicón eúscaro, asimilando sus voces con las de algún idioma indo-europeo. Con ello quiere demostrar que el vascuence es un idioma del grupo nombrado. Tema éste ya muy debatido anteriormente, habiendo patrocinado Darricarrére la tesis sustentada por el autor, en un artículo de la R. I. E. V. que trajo como consecuencia la repulsa del notable latinista Meyer-Lübke y de otros lingüistas de gran autoridad. También el catalán Griera sostuvo esta misma tesis, diciendo que el vascuence era un idioma neo-latino nacido en el siglo V.

En cierta época el gran vascólogo holandés Uhlenbeck tuvo alguna veleidad por esta teoría, aunque después manifestó categóricamente que tal tesis no era admisible. Schuchardt también se manifestó constantemente contrario a esa tesis, fundándose en la disparidad de la conjugación vasca con respecto a las de los idiomas indo-europeos, a pesar de la gran cantidad de voces de origen románico que veía en la lengua vascongada. Y con la alta autoridad del profesor de Graz, que todos los que han estudiado estas cuestiones le reconocen, aquellas opiniones aisladas, después de reñidas discusiones, volvieron a sumirse en el silencio.

Ahora nuevamente renace en la obra que reseñamos, que junto a temas de interés y de cierta novedad, presenta etimologías que creemos resistirán difícilmente a una crítica serena.

Desde luego, es cosa decidida hace tiempo, que nuestra vieja lengua ha sufrido una latinización muy fuerte; pero siempre queda en pie el enigma de su conjugación, amén de una buena parte de su léxico, suficientes a mantener su discutida insularidad, y el misterio, también caro a los lingüistas; pues como dijo alguien, el hallazgo de un documento vasco de antes de J. C. no sería de desear, pues entonces se habría terminado el problema, y deshecho la ilusión del investigador.

Esta latinización debió de realizarse en dos etapas, a juzgar por los diversos cambios fonéticos sufridos por los vocablos vascos, según provenían del latín de una o de otra época. Así *gurutze* al derivar de



*cruce*m pertenece a una época tardía, a causa de la *c* latina silbante; en cambio, *kipula*, *keresha*, derivando de *cepulla*, *ceresia*, son muy anteriores, pues todavía la *c* era palatal, lo mismo que *bake* de *pace*., etc.

Esta primera latinización parece remontarse a la época de la conquista romana (siglos antes que la partida de nacimiento expedida por Griera), pero anterior á ella, ¿qué influencias sufrió nuestra ya vieja lengua?, ¿cuáles son las voces indudablemente pre-romanas? Arduo problema.

No hay grupo lingüístico conocido con el cual no se haya pretendido comparar a la lengua vasca; pero entre todos, los que hoy gozan de algún predicamento son las lenguas caucásicas y las camíticas: entre aquellas el *georgiano*, y entre éstas, según Zyhlarz, el berebere y el sudanés.

Dejamos por sabido, la teoría iberista; y mencionamos la influencia céltica que ahora insinúa de nuevo Julio Caro Baroja; ya Uhlenbeck pretendió ver irlandés en la voz "*andere*", y así otros celtistas (1).

De aquí se puede, fantaseando un poco, suponer al *euskaldun*, no autóctono, y hacerle peregrinar hace miles de años, desde Asia por Africa del Norte, pasar a la Península y localizarse en su rincón del golfo de Vizcaya. En ese periplo de los tiempos prehistóricos, por donde recogería aquellos *soi-disant* sedimentos camíticos, tropezaríamos con la civilización hitita, entonces floreciente, por las tierras de Siria. Los arqueólogos nos muestran los jarros, adornos y motivos artísticos de los hititas, que tienen chocantes coincidencias con los de nuestro País vasco: lo mismo de la toponimia de esas regiones.

Estas fantasías apoyarían la teoría de los iberistas que sostienen que los hispanos pre-romanos pasaran del Africa a la Península.

Pensando así, no es absurdo ver vascuence en la leyenda del plomo de Alcoy. Pero aquella opinión errabunda es consecuencia de la aceptación de raíces camíticas o caucásicas en el vasco; ahora bien, la coincidencia de la numeración vigesimal (que también es del celta y del francés) u otro detalle aislado del verbo, no creemos autoriza a hablar de parentesco.

---

(1) Uhlenbeck. Vorlateinische indogermanische Anklänge im Baskischen.—*Anthropos*.—35-36.—1941-42.



Lo mismo se podían hacer comparaciones con los lenguajes de Oceanía; por de pronto, ya se han publicado artículos hablando de similitudes con las lenguas americanas pre-colombianas.

Todo esto viene a demostrar que si se parece a todas, no se parece a ninguna, de la misma forma que la droga que se usa en muchas dolencias, no cura ninguna.

Para resumir, tenemos, en medio de este fárrago de opiniones, que fiarnos de los entronques que nos comunique cada especialista, pues por nosotros mismos es casi inabordable el conocimiento de las gramáticas de las lenguas camíticas, caucásicas, célticas; sin hablar del latín y lenguas románicas; entre cuyos cultivadores especializados se cuentan los más destacados vascólogos.

A. Y.



INVENTARIO DE LOS PAPELES PERTENECIENTES AL EXCMO. SR. DON  
MARÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE EXISTENTES EN ABALOS,  
EN EL ARCHIVO DEL MARQUÉS DE LEGARDA  
Por JULIO F. GUILLÉN.— Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1944.

Las viejas carpetas llenas de cartas amarillentas ofrecen un alto poder de sugestión. Son parte principal del patrimonio afectivo de alguno que las guardó con el mayor cuidado hasta sus instantes postremos. Acaso fueron para ellas, sus últimos pensamientos porque quizá contenían la razón de muchos de sus actos que sus coetáneos no acertaron a comprender; posiblemente encerraban, también, misterios o secretos que él guardaba caballerosamente y que, ahora, al morir, quedaban al alcance del primero que las leyese. La consideración que nos merecen los muertos y el respeto que se debe a su memoria aconsejan que se subran esas cartas con negros lienzos, como los escudos de las casas solares, condenándolas a un luto de reposo y silencio, durante largo plazo. Pero cuando el tiempo ha transcurrido con largueza, sustituyendo generaciones, y la época y los hombres a que se refieren, han pasado, entonces hay que abrirlas a la luz de la investigación



porque en ellas puede estar el verdadero conocimiento de la Historia.

Estas cartas y papeles que tan pulcra y meticulosamente nos refiere D. Julio F. Guillén, pertenecen cumplidamente a la historia, pues han transcurrido 100 años justos desde que murió su coleccionador don Martín Fernández de Navarrete y Jiménez de Tejada. Delicado homenaje de centenario. El claro talento y profunda cultura de D. Martín y los altos cargos que ocupó, que le pusieron en relación con los hombres más ilustres así de España como del extranjero; y la época azarosa en que vivió, dan a este Archivo, el máximo interés. Para nosotros, los *Amigos del País*, tiene, además, una atracción especialísima, pues no en vano fué D. Martín Fernández de Navarrete, Caballero alumno del Real Seminario de Vergara. Precisamente son los compañeros y los sucesos de la edad dorada de la primera juventud, los que dejan un recuerdo más imperecedero. No podían, pues, faltar en sus papeles, documentos y datos que contribuyeran al mejor estudio de aquella ejemplar institución docente de nuestros antecesores. En efecto, hay cartas del Conde de Peñaflores, sobre el famoso Seminario; del P. José Eizmendi, con alusiones a los trabajos científicos de Elhuyar y de Chavanaux, profesores como él, en Vergara; de Chavanaux mismo; de sus compañeros los Munibe y D. José Moyua y Mazarredo, de un gran interés anecdótico, por lo que dice Guillén, sobre la vida escolar del Seminario; y otras de D. José Mazarredo, de Lardizábal, de don Ignacio María de Alava, de D. Antonio Prestamero, de D. José María Zuaznávar, de Samaniego e Iriarte, de D. Cosme Damián Churruga y de otros muchos que sin duda tienen para nosotros un gran encanto. Esperamos con impaciencia que D. Julio F. Guillén, que ha tenido la fortuna de ver esos papeles como "un premio que el Cielo le deparó, sin duda por no haber gozado jamás de verdadera vacación alguna", y que ha sacado abundantes datos y fotocopias de ellas, nos regalará a los lectores del BOLETIN con trabajos sobre las mismas para que no le podamos decir que es egoísta de su premio.

El Inventario lleva una bella y documentada exposición y va seguido de un índice biográfico de los corresponsales que facilita la lectura del folleto que está presentado con el gusto que pone en todas sus cosas el ilustre Director del Museo Naval.

M. CIRIQUIAIN-GAIZARRO



## CALLES VITORIANAS

Por VENANCIO DEL VAL.—Editada en Gráficas Vitoria, 1944.

“En estas páginas se recogen una serie de trabajos que, con el título general del libro, ha ido el autor publicando en la Prensa vitoriana. Se ha hecho esta recopilación con el fin de que esos artículos no queden perdidos en las colecciones empolvadas de los periódicos, sino que puedan tener vida más presente editados en esta forma. Aunque no sea mucho su mérito, no deja de constituir una fuente de información histórica acerca de nuestras calles; fruto logrado en la observación personal, en el recuerdo de la tradición, en la documentación de otras publicaciones y en la indagación por los archivos. En cada momento hemos puesto el mayor afán y cariño por obtener una obra bastante completa, aunque no muy extensa, porque rebasaría los límites de las circunstancias en que estos trabajos se publicaron. Con ello queremos contribuir a la bibliografía histórica de este querido rincón de nuestro nacimiento, de nuestra vida y de nuestra ilusión, y fomentar ulteriores estudios que vayan completando los datos de cuanto en cada una de las páginas de este libro se dice.

Son, las que preceden, líneas del autor que prolongan el libro. Nos habla con sinceridad de su fin y con modestia de su contenido. Luego el libro se abre en abanico a las *vecindades*, a las *calles*, a los *cantones*, *cuestas* y *escaleras*, *callejones*, *paseos*, *plazas* y *barrios*

Si las guías fuesen amenas, literarias y documentadas, diríamos que este libro es una Guía de Vitoria. Como las de ahora no saben serlo, diremos que esta simpática guía es un bello mosaico de la capital alavesa. Concienzuda, breve y cariñosamente, el autor nos dice lo que cada calle tiene de histórica y cada casa tiene de recuerdo y frena las expansiones líricas que le brotan, para situarlas como flor en el ojal de las ilustraciones de Hernández que alegran la edición. }





## BOLETÍN DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS DE VIZCAYA

*Indice general*, por ANGEL RODRÍGUEZ Y HERRERA, Ayudante del Archivo y Biblioteca de la Excm. Diputación de Vizcaya. Publicación de la Junta de Cultura de Vizcaya. Imprenta Casa Dochao, 1944. 79 páginas.

Entre las publicaciones de gran interés para los aficionados a los estudios de nuestro país, vamos a señalar la que ha editado la Junta de Cultura de Vizcaya. El Boletín de la Comisión de Monumentos de Vizcaya, comenzó a publicarse el 1 de enero de 1909 y siguió sin interrupción hasta el tercer cuaderno del año 1914. Tras de una interrupción de cuatro años, volvió a reaparecer efímeramente, publicando únicamente dos cuadernos el año de 1918. Lo publicado consta de 25 cuadernos, que forman 7 tomos que aparecieron en cuadernos trimestrales, ilustrados con buenas láminas. Los principales colaboradores de esta publicación fueron: D. Pablo de Alzola, D. Darío de Areitio, don Carmelo de Echegaray, D. Teófilo Guiard, D. Fernando de Olascoaga, D. Carlos de la Plaza y Salazar, D. Julián de San Pelayo, el Padre Pedro Vázquez y D. Fernando Quadra Salcedo.

Este Índice general está compuesto con el mayor rigor y se compone en realidad de cinco índices divididos en la siguiente forma: I. Cronológico. II. Materias. III. Autores. IV. Geográfico. V. Láminas.

Esta clase de publicaciones interesa a un número reducido de lectores, pero la confección de índices bien compuestos es una labor que facilita grandemente la investigación, pues muchas veces la falta de un dato ya publicado y desconocido detiene muchos trabajos, razones por las cuales felicitamos sinceramente al señor Rodríguez por su aportación a esta clase de trabajos.

P. DE GARMENDIA

